

## Noche Moral

Los conceptos que voy á expresar en esta página pueden entrar por un oído de las gentes y salirse, muy campantes, por el otro. Son ideologías. Son de esa clase de ideologías que les hacen á los pueblos el efecto que las drogas al enfermo. Amargas y desagradables, como son, saludable es apurarlas.

Estas ideas tan despreciadas por los que solo de pan saben vivir, son, no obstante, la esencia de la vida; y así como la fuerza es el alma de los astros; y así como el principio inmaterial que nos alienta es lo que entona y mantiene el organismo humano, los principios de los ideólogos son el espíritu que mueve la trama del organismo social.

El mal de las sociedades no estriba en que haya principios. Estribaría en que no los hubiera; y si verdadero mal hubiera en el problema, consistiría indudablemente en que no se sepa armonizar los dos términos eternos que son el eje de la vida, la deándonos demasiado hacia la materia, ó dando más imperio del que fuera menester á lo ideal.

La abstracción que quiero vestir hoy con cuatro trazos es el cáncer que les destruye las carnes y que les mina los huesos á nuestras incipientes sociedades.

Se había acabado el carácter en las viejas sociedades asiáticas, cuando un guerrero casi adolescente atravesó con su espada los imperios de aquellos pueblos decrepitos, arrojando el cadáver á sus buitres.

Empezaba á desvanecerse el carácter en el insigne pueblo heleno, cuando para satisfacer sus ambiciones y para saciar su odios, empezaron los griegos á venderse á sus enemigos del Oriente; y se había deshecho ya, cuando, para declararlos esclavos, les dijo que eran libres un procónsul, agotándose entonces el vocabulario de la adulación, y no

cabiendo el júbilo en los ámbitos donde antes no cupieran la sabiduría ni el heroísmo.

Y cuando después de largos siglos de robusta vida y de estupendas glorias le llegó su turno al pueblo prodigioso que subyugó la tierra; desapareció el carácter, tras lo cual llegaron, en sucesión de oprobios, la inaudita locura de los Césares y la tremenda noche de los bárbaros.

En nuestras sociedades opérase un fenómeno que no puede menos de alarmar y de asombrar al pensador. Es, que mientras la falta de carácter es, como se ha visto, síntoma inequívoco de decrepitud, en ellas aparece sin que hayan probado las enérgicas fruiciones de la virilidad.

Carácter es potencia de alma que impulsa el hombre al cumplimiento, sin excusas, del deber.

Honrarse con el heroísmo de llevar las convicciones altas hasta el mismo sacrificio de la personalidad que las alienta, he ahí el carácter. Convertir esas convicciones en el culto de una vida, haciendo de ellas broquel con que nos arrojen á la tumba, tal es el carácter.

Siendo esto así, profundizad los abismos; pasead vuestras miradas por la superficie; subid á las más altas cumbres de nuestras desdichadas sociedades, y decid si no halláis en todas partes la constante negación de la virtud excelsa: la ambición, que es insolencia originada por la debilidad del carácter; el egoísmo, que es hambre producida por la misma miserable deficiencia; la holgazanería, que es mengua; el engaño, que es incredulidad; el sibaritismo sin trabajo, que es reincidencia en la infamia. De ahí los horrores que nos envilecen. De ahí la justificación de las iniquidades por las camarillas hambrientas y malvadas. De ahí, el chasquido del látigo sobre el rostro de las multitudes de rodillas. De ahí, la miseria, el hambre, la depravación, la servidumbre y la muerte.

Cuando el deber, arriba y abajo, sea en nuestras sociedades la norma de la vida; cuando la verdad, en todos los órdenes, aclare y facilite la existencia; cuando tengamos la virtud de apacentarnos en convicciones puras, y el valor de quemar en sus

aras, las venturas equívocas que nos tuercen y bifurcan los caminos, la hora del verdadero cumplimiento de nuestro destino habrá llegado, y para nuestras sociedades sonará el repique de gloria que las resucite y las redima.

EUGENIO DESCHAMPS

## Desaliento

En las tardes brumosas del invierno, cuando el sol taciturno, paso á paso, va cayendo en las sombras del ocaso como envuelto en las llamas del infierno, alzo las mustias alas y me cierno por la infinita bóveda, al acaso, falto de luz y de vigor escaso, presa de las nostalgias de lo eterno. Y subo... subo, y cuando el ojo mío descubre entre las nieblas de la noche mi supremo ideal, en el vacío una mano brutal mis alas cierra y caigo sin un ay!, sin un reproche sobre el fangal inmundo de la tierra.

JULIO FLORES

## Genesisica

La Biblia, prisionera del capricho ó la fantasía de sus traductores y reformadores, refiere de diversos modos el génesis del Universo.

—En un viejo armario, entre papeles que hormiguean números, estrofas inconclusas y cuentos eróticos á medio hacer, encontré yo una página que relata, de manera original, el principio del mundo.

Dice así:

El caos era; por ese mar de negruras vagaban los astros creados y dirigidos por la voluntad de Dios.

La Tierra iba sola, triste y desierta. El Supremo Hacedor escogió este

planeta para derramar sobre él sus bondades y sus maravillosas creaciones.

Al mandato de su verbo se pobló la Tierra de árboles y plantas, de mares y animales. Luego hizo Dios al Hombre.

Pero las sombras envolvían aún el planeta.

Y dijo Dios á Adán:

—Ves, aún está oscuro el Universo, triste la Tierra, callados los pájaros y sin flores las plantas!

Falta mi gran obra; el arca que guarda todos los encantos, las alegrías todas; en ella está la fuente de

la vida; voy á donarte esa maravilla.

Y sopló Dios sobre una pequeña roca y dijo después á Adán:

—Mira hacia el lado que tienes el corazón.

Adán miró: dormida sobre la roca vió á Eva y deslumbrado se arrodilló ante ella.

—Ahí la tienes, dijo el Señor: es

Y la Luz fué!

Eva despertó al beso y al abrir sus ojos poblóse el cielo de estrellas. Las carnes vírgenes, mórvidas y rosadas de la primera mujer, acariciaron la vista de Adán, y entonces surgieron en el cerebro del hombre, el pensamiento y la inspiración.

Dijo Adán:—Te amo, Eva!



Manzana número 41 de Puerto Limón  
destruída por un incendio el día 6 del corriente mes

la mujer, tu eterna compañera! Después de mí no amarás otra cosa más que á ella. Ahora, Adán, crea tú la Luz.

—Y... cómo crearla, Padre mío?

—¡Besa á Eva!

Adán se acercó, con santo respeto, juntó sus labios á los de su compañera y en ellos imprimió un beso. Del choque brotó una chispa que subió al cielo y prendió la antorcha que ilumina al mundo.

Y Eva repuso:—Adán, te amo!

Y, como obedeciendo á un conjuro, se pobló el aire de armonías; rompieron en trinos y arrullos los pájaros, en murmurios las fuentes, y en susurro la brisa.

Y vió Dios que el amor era bueno, que era belleza, poesía y vida, y dijo á los seres vivientes:

—Creced y multiplicaos por el amor.

Al paso de Eva, brotaron del sue-

lo las flores; y al recibir el roce de su cuerpo, de flores se cubrían las plantas.

Y hubo de introducirse en el Paraíso un sér deforme, asqueroso, que se sentía enfermo ante la felicidad de Adán y Eva: era la Envidia. Un día se acercó á Adán y babeando calumnias le habló al oído; luego fué á Eva y algo le dijo en secreto; y se encendieron los celos en los pechos de la feliz pareja. Entonces el tranquilo mar se levantó en montañas de espumas queriendo escupir al cielo, y la nube abortó el rayo, cuyo ruido apagó la carcajada histérica que al huír lanzó la Envidia.

Y el Mal fué!

Dios dijo entonces á Adán y Eva: —Habéis dado oído á la Envidia; habéis dudado el uno del otro, que es dudar de mi obra que es obra de bien. Idos! Cerradas están para vosotros las puertas del Paraíso; mas, no os las cerraré para siempre. Id por el mundo á buscar con dolores y fatigas, la única llave que podrá abrirlas después del pecado: el arrepentimiento.

Salieron del Edén Eva y Adán, y al salir lloraron sus primeras lágrimas, lluvia benéfica que al caer al suelo hizo nacer de entre innumerables espinas una flor modesta y bella.

Y allá, en el confín del cielo, se dibuja con los brazos abiertos, como brindando asilo á los desamparados, la silueta de la Cruz. . . . .

Hasta aquí la página: el hálito destructor del tiempo había borrado lo demás.

EDGARD

## En un Templo

BAJO RELIEVE

Este libro es un bosque en donde el canto de las aves celebra tu Belleza.

Yo, esas aves melódicas no espanto.

Soberbio en su tristeza, el buitre solitario, que aislado y sanguinario, en abrupto peñón de la alta sierra soñando con la guerra el ala negra bate, con heroicas nostalgias de combate, y cuyo grito audaz tan solo estalla fatídico y salvaje, cuando agita furioso su plumaje sobre el sangriento campo de batalla: no extenderá el ala ensangrentada, ni lanzará su lúgubre graznido, aquí donde en idílica bandada, las aves cariñosas han venido á cantar tu Belleza immaculada.

\*\*

Este libro es un Templo en donde canta, un coro de creyentes tu belleza.

Detengo ante él la planta. Inclino la cabeza. No voy al Ara Santa, ni nuevo Ozáa extenderé mi mano, sacrílego y profano, á donde está la santidad del Arca...

Incurable heresiarca, de extraño culto y con ajenos dioses, no lanzaré mis voces, hechas para el rumor de la Blasfemia, aquí donde se premia la fe de un alma pura con cantares.

Yo, peregrino adusto, no entraré á profanar tu Templo, agosto, ni arderá en tus altares mi cirio de rebelde iconoclasta.

¡Oh niña bella, y cuanto bella casta!

El viajador obscuro que no ha querido que tu Fe se asombre, escribirá por fuera sobre el muro del Templo blanco y puro, su perseguido nombre.

Y, ese nombre por tantos combatido, será en el templo alzado á tu pureza como un Bajo-relieve, allí esculpido, para probar á cuántos ha rendido el poder cegador de tu belleza.

VARGAS VILA

## A empellones

Algunos dirán que soy demasiado naturalista, pero es mi creer que ciertas cosas deben relatarse tales como son ó se ven, pues de lo contrario pierden su encanto.

Además, juzgo que vale más ser sincero que embustero. Nunca se me ha ocurrido molestar á una chica para decirle: «Te amo con celestial pasión; corresponde á mi cariño y yo me uniré á tí, construiré para nido de nuestro amor un encantado palacio mecido en las glaucas ramas de los árboles; beberemos el vino del amor en los cálices de las flores»... y otras mentiras por el estilo, para que después resulte que el palacio es un casuchón que se llueve, y los cálices son jarros de latón... si acaso. No, señores, yo he atacado siempre en esta forma, más ó menos:

«Te quiero mucho, muchísimo, corronga mía, y si me amas te prometo que vamos á gozar más que un cardenal». Gano poco, pero tengo un corazón más grande que una ballena, para salir de apuros; y respecto á cariñoso... no me gana nadie.

¿No es cierto que es mejor esto último, aumentado ó corregido, según las circunstancias?

Pero pasa de preámbulo; he querido decirles que voy á relatarles, sin quitar ni poner, lo que ví, oí y sentí entre empellones en el Morazán una de las cuatro noches de Fiestas Cívicas, que para desdicha de algunos se han *esfumado ya en las brumas del pasado*, como diría cierto literato amigo mío.

Ya saben ustedes que allí había más gente de la cuenta y gente que estaba de más en la cuenta. Yo no andaba, á mí me llevaban... y yo me dejaba llevar, sobre todo, cuando iba crucificado entre dos ladrones... de corazones.

Al pie de un poste, cuya lámpara había apagado un corto circuito (palabra técnica) oigo una voz suplicante que dice:

—Ahora, ahora, Josefita, que nadie nos vé, dame un beso.

—No, que se va á encender el foco y pueden vernos.

En una de las *vueltas* me encuentro cogido entre dos pentélicas, cuya afición al agua Blen, atenuaba la oscuridad de su piel.

—No *arrempujen*, *condenados*, decía una de ellas.

Y lo peor era que mi hermoso apéndice nasal sufría horriblemente.

Al fin pude salir del atolladero y seguir mi camino, ó mejor dicho, el camino por donde me tiraban. De vez en cuando un roce blando y suave me trasportaba al cielo; pero apenas había paladeado la miel de aquel momento, un brutal empellón me hacía avanzar diez pasos.

—Condenado... decía no sé por qué una preciosa chica á un mozalbete de cara lechuguina.

—Dispense señorita, fué sin querer.

—Pues repare otra vez como camina...

No había terminado ese diálogo, cuando unos cuantos *cohetes* surcaron, rápidos, el aire. La preciosa chica que había apostrofado al joven corrió hacia mí.

—Ay, caballero, caballero, que puede caerme una varilla...

—No se apure, hermosa niña, yo la protegeré, y ay! de la varilla que se atreva á caerle á usted encima...

Naturalmente, yo hubiera deseado que estuvieran cayendo varillas una hora!

Varié el rumbo y seguí acompañando á mi nueva amiga, hasta que una masa humana me separó de ella...

—Ay!...

—Qué le pasa, señora, la han majado?

—No.

—Le ha caído alguna varilla?

—No señor, pero ese condenado...

Por lo visto, esa noche abundaban los condenados.

Frente á donde se quemaban las

piezas pirotécnicas, era una barbaridad.

Allí el ataque era general. Una damita de confianza me dijo:

—Présteme su alfiler de corbata que es bien grande.

—Para qué?

—Para abrirme paso.

Me despedí tiernamente de mi alfiler y se lo entregué á la amiga.

—Caballero...

—Señora.

—Me ha visto usted dos chacalines, así, de ojos negros?

—No, señora.

—Pues necesito encontrarlos, présteme su ayuda.

—No tengo.

—¡Qué descortés!...

—Gracias.

Una vez, una sola, porque no pude resistir á la tentación ni á la atracción, me hice el distraído... y me dejé atraer.

—Caramba, oigo!

—Dispéñeme, señorita.

—No hay de qué... pero parece usted una calcomanía!

—Usted tiene la culpa, quien la manda á ser tan... vamos, tan desmigante.

—Gracias.

—Me permite que le acompañe?

—Sí, pero á respetable distancia.

Se acercaban las once y dieron fuego á un *toro guaco*. El delirio...! Allí volví á encontrarme con las pentélicas, de marras y oí besos, promesas, gritos... todo, en fin, lo que pueden apreciar los cinco sentidos.

Terminó la fiesta. Cerca de mí oí una vocesita dulcísima que me decía:

—Gracias, caballero.

—Por qué, señorita?

—Por haberme amparado de las varillas.

—Ah...

—Supongo que desde hoy seremos amigos?

—Ya lo creo, y cuando la amenacen algunas varillas, acuérdesse de mí.

Luego pasó la mamá aquella de los chacalines perdidos, é indicándome á su compañera:

—Mira, ese fué el descortés que no me quiso prestar su servicio.

—Pero... es que tampoco tengo, señora.

—Vaya al infierno, condenado.

Y tras un suspiro que me arrancó el recuerdo de esa noche que se iba, me dirigí á tomar varios helados.

¡Bien los necesitaba!

DOCTOR TEDUELE

## Marina tropical

El remero apoyó la abierta mano contra el casco del buque; y lentamente se alejó el postrer bote. Enorme lente bajo el ojo del sol, era el océano.

Puesta la proa hacia el confín lejano, el buque de las Indias de Occidente zarpó, llevando á la europea gente las riquezas del suelo americano...

Y allá, en las playas, entre espumas rotas, cuando el buque, virando en sus anhelos, volvió la espalda con brutal desaire,

se levantó una banda de gaviotas, suspensas y agitadas en el aire... cual si fuese el adiós de cien pañuelos.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

## Lo incognoscible y misterioso

### III

Acercar de si la carne de cerdo se debe ó no comer, disputaron los hombres durante largo tiempo, y si bien la disputa ha cesado, no fue porque se pusieran de acuerdo, sino porque cada cual dejó que los demás pensarán respecto de ese *grave* asunto como les diera la gana.

En controversias de tanta importancia como esa, ha pasado la vida lo más granado del género humano, levantando polvaredas en las asambleas y cadalsos en las plazas, lo



DOCTOR EDUARDO URIBE RESTREPO

cual le demostrará á usted cómo es de vario y frágil el criterio de los hombres, y la poca seguridad que tenemos de acertar en nuestras apreciaciones y nuestros juicios. Y si esto sucede con las cosas más triviales de la tierra, ¿cuál no será ese desconcierto al tratarse de lo que está de tejas para arriba, de eso que no es posible ver ni tocar, que no se deja asir por nuestras manos para someterlo al rudo análisis de nuestra ciencia mezquina y presuntuosa?

Por eso al tratar de los espíritus no tomemos á mal la manera como algunos han concebido su naturaleza, si acaso está en desacuerdo con nuestro modo de pensar acerca de ellos; y hecha esta recomendación de cristiana benevolencia, vamos al asunto, empezando por el principio, esto es, por el Grande Espíritu.

Timeo de Locres era un antiguo filósofo que, según afirman los que han leído lo que él escribió (si es que escribió algo, de lo cual no estoy muy enterado) tenía un profundo conocimiento de las verdades morales. Baste decir para su elogio que dió lecciones á Platón; y si no miente, como no ha mentado hasta ahora, el adagio que dice: *De tal palo tal astilla*, ya se imaginará cualquiera fácilmente cómo debía ser la urdimbre intelectual del maestro, cuando sus lecciones ayudaron á formar aquel adolescente, á cuyo nombre se antepuso más tarde el dictado de *divino*.

Pues bien: Timeo de Locres definió á Dios diciendo que «es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna», con lo cual nos demostró dos cosas: la primera, que nadie había tenido hasta entonces tan alta concepción de la Divinidad como él; y la segunda, que debemos prescindir de estar buscando á Dios por ninguna parte, y conformarnos con tener razón cierta de su existencia por las manifestaciones maravillosas de sus obras.

Y como Dios es el espíritu por excelencia, ya tenemos *conocido* al primero y principal, al que es origen y vida de todas las cosas.

Veamos ahora cómo conciben los hombres á los demás espíritus.

Sabido es que antes de que los tiempos fueran, había creado Dios para el servicio de su Trono algunos seres celestiales de diversas categorías: ángeles, arcángeles, querubines, serafines. Los primeros, eternamente niños, mantienen en la mansión celeste una alegría sin fin; representan la inocencia y el amor, virtudes en las cuales tanto se complace el Eterno, y conservan en las salas etéreas la luz suave y diáfana de una inextinguible y clarísima aurora. Sus juegos son idilios, sus risas cánticos, sus gorjeos himnos, sus miradas caricias, y cuando se alzan batiendo sus blanquísimas alas por la bóveda inmensa del Empíreo, una aura deliciosa llena las celestiales esferas, como si en ellas se agitaran á la vez, con ruido armonioso y dulce, mil abanicos invisibles. Ellos son la gloria de lo alto, y en su contemplación se regocija el Eterno.

Los arcángeles son los mensajeros de Dios. En los primeros tiempos desempeñaron encargos que implicaban el cumplimiento de disposiciones divinas, y cesó su misión cuando uno de ellos vino á anunciar á MARÍA que en su seno iba á encarnar el Redentor, y que por esa merced la bendicirían en adelante todas las generaciones.

Y aquí abro un paréntesis para decirle—oh discreta y paciente señora—que no crea en el embuste de que ese mismo arcángel haya vuelto seis siglos después á sacarle filo al corvo alfanje de Mahoma. Esa es una de tantas ficciones de que está plagada la historia, como dije á usted antes, y por razón de las cuales no se debe creer de ella sino una mínima parte, y eso poniendo en cuarentena la justicia de sus decisiones en la apreciación de esos pocos y

vulgarísimos hechos. Yo no culpo á Mahoma porque haya querido abrir el camino de su paraíso á golpes de cimitarra. Muchos otros han pretendido como él llevarnos al cielo con la cabeza rota ó el cuerpo achicharrado, y el profeta del islam no hizo ni más ni menos de lo que esos hicieron sin ser siquiera profetas; pero no le perdono que se valga del nombre del arcángel Gabriel para conducir sus huestes de fanáticos al degüello de gentes pacíficas, que quizá no aceptaban el edén que él les prometía únicamente por no hallarse en el otro mundo con huríes de carne y hueso, las cuales serían sin duda de la misma condición de las que aquí abajo les habían amargado la vida, llenando todos sus instantes de disgusto y de hastío.

Antes de cerrar este paréntesis quiero suministrarle un dato de la estadística: las dos religiones que más adeptos cuentan en el mundo son la cristiana y la mahometana. Los de aquella son mucho más numerosos que los de ésta, que alcanzan sin embargo á doscientos millones y pico de prosélitos. Y á ese dato agregaré una opinión mía: si las huríes del edén musulmán, que según entiendo son impertinentes y ligeras de cascos, fueran damas tan honestas y apacibles como usted (esto no es vana lisonja) la mayor parte de los hombres se apuntarían á la carta del paraíso de Mahoma, porque no ha soñado la fantasía de los místicos nada tan bello para los gustos de nuestra naturaleza, como el cielo prometido á los fieles del islam.

Y sigamos adelante con la revista de los espíritus.

Si nos son familiares los ángeles y los arcángeles, no sucede lo mismo con los querubines y demás personajes de los tronos celestes, acerca de los cuales no podemos formarnos idea racional alguna. Es cierto que también se han dejado ver no pocas veces, pues ellos eran los que se apa-

recían en las tremendas visiones de los profetas hebreos; pero vea usted en qué forma, señora. Ezequiel nos describe de esta manera el que se le presentó á orillas del río Chobar: «Y apareció un viento tempestuoso que venía de aquilón, y una nube y un fuego revueltos rodeados de un resplandor, y en medio una cosa que parecía como ámbar, y era una figura de cuatro animales y en ellos una figura de hombre; y cada una de aquéllas tenía cuatro rostros y cuatro alas, y los pies eran derechos y las plantas como de pies de becerros, y centelleaban como metal bruñido; y tenían manos debajo de las cuatro alas; y los cuatro rostros de cada una de las cuatro figuras eran de hombre y de león á la derecha, y de águila y de buey á la izquierda, y todos los rostros fulguraban como carbones encendidos y lanzaban relámpagos».

Puede usted ver esta pintura en el capítulo I de las profecías de Ezequiel; y tengo muchas razones para asegurar que fue un querubín lo que se apareció al profeta de las amarguras y de los castigos.

Y para terminar por hoy permítame una pregunta: ¿qué haría usted, señora, si á la orilla de un río, en campo solitario y en noche oscura, se le apareciera un espíritu de esa clase? ¿No es verdad que las apariciones que ahora se usan son niños de pecho, espantajos ridículos, juegos infantiles sin importancia, comparadas con esa visión complicada y terrorífica? ¡Hasta en eso hemos degenerado! Ya no se ve más que uno que otro muerto que sale á pedir respuestas, cariacontecido, sin echar la menor lumbre, envuelto en una capucha como si padeciera de frío ó temiera darse de manos á boca con la policía. Al paso que vamos, dentro de poco no quedará un duende ni para un remedio, y, ¡adiós poesía de las noches del campo cuando se despidan para siempre los aparecidos! Adios silencio temeroso del

bosque cuando no haya *cadejos!*  
Adiós encanto de los ríos cuando  
faltan en sus remansos las *lloronas!*  
La civilización está acabando con  
la poesía de la vida. Dentro de poco  
no tendremos más sorpresas que las  
que nos den los *sablistas* ó los ladrones,  
y entonces la vida será insopor-  
table, porque sin lo incognoscible y  
misterioso no se podrá vivir!

Ya veremos en nuestra próxima  
conferencia qué es lo que nos queda  
de eso, y la manera como se mani-  
fiesta á nuestros sentidos y á nuestra  
alma. Aprovechémoslo ahora antes  
de que desaparezca del todo, porque  
si los dioses se fueron, los espíritus  
también se van.

RAFAEL VILLEGAS

## Melancolía

Hondo anhelo de infinito,  
perfección nunca lograda,  
verso extraño y exquisito,  
frase rica y torturada,

frágil cuerpo, sangre enferma,  
carne impura y enemiga,  
que se aduerma, que se aduerma,  
que descanse mi fatiga.

Cada nítida mañana,  
entre un hálito de aromas  
en el aire se desgrana  
la parvada de palomas,

de palomas mensajeras  
que en su vuelo hacia las cimas  
van en triángulos é hileras,  
la parvada de mis rimas

en perpetuo y triste viaje  
por los cielos luminosos  
con un místico mensaje  
en los picos armoniosos.

En las lilas del Poniente,  
cada tarde gris y quieta,  
vagamente, vagamente,  
miro alzarse una silueta

que despierta mi alegría,  
y en la noche azul y pura  
la adorable Poesía  
desvanece mi amargura,

y deshace en mis tormentos,  
amorosa y apiadada,  
el collar de lindos cuentos  
de la bella Scherazada.

EFRÉN REBOLLEDO

## Nuestros grabados

Con el propósito de hacer una ama-  
ble remembranza de las gratas emo-  
ciones que dejaron en nuestro ánimo  
las Fiestas Cívicas, y para que todos  
aquellos que no pudieron presenciar  
el desfile de las carrozas se formen  
una ligera idea del primor con que  
fueron arregladas, tenemos el gusto  
de reproducir en la portada una fo-  
tografía del artístico grupo que tan  
gallardamente ostentó su gracia y  
su beldad en la carroza del Municipi-  
pio, que representaba á Costa Rica.

Como en primorosa selección de  
belleza y lozanía figuran allí, fra-  
gantes flores del pensil costarricense,  
las señoritas Herminia Lizano,  
por San José; María Cristina Cabe-  
zas, por Alajuela; Abigail Víquez,  
por Heredia, y María Teresa Ama-  
dor, por Cartago, y además, el jo-  
ven Claudio Pérez, por Guanacaste.

\*  
\*  
\*

Como verán nuestros lectores, la  
fotografía de los estragos causados  
en la manzana número 41 en la ma-  
drugada del 6 del actual, por el úl-  
timo incendio de Puerto Limón, fue  
tomada por un corresponsal de EL  
FÍGARO con el fin de dar á nuestros  
favorecedores una información grá-  
fica de tan sensacional y lamentable  
suceso.

Aprovechamos la ocasión para ha-  
cer notar la deficiencia del servicio  
de bomberos, la urgente necesidad  
de que se organice allí en debida  
forma y que se provea de suficiente  
agua á la ciudad en previsión de tan  
frecuente y desastrosa eventualidad.

\*  
\*  
\*

A propósito del reciente viaje á Colombia del señor doctor don Eduar-do Uribe R., y como sincera admiración y respetuoso cariño al emi-nente facultativo, reproducimos hoy su retrato, con la plena confianza de que sorprenderá gratamente á los lectores de EL FÍGARO. Porque quién en Costa Rica no estima y no quiere al doctor Uribe? Y tan mercedamente él tiene las condiciones, en nuestro sentir, más apreciables en el hombre: inteligencia, saber, noble carácter y el más sensible y gene-roso corazón.

---

## Despedida

Nuestro distinguido Cónsul General en Nueva York, señor doctor don Juan José Ulloa, quien vino á ésta como delegado á la Cuarta Conferencia Sanitaria Internacional de las Repúblicas americanas, que le cupo la honra de presidir, partió ya para el lugar de su residencia, según tuvo la fineza de participárnoslo en atenta esquila de despedida que agradecemos debidamente, deseándole un feliz viaje.

---

## Bibliografía

A nuestra mesa de redacción ha llegado *Desde Lejos y Desde Cerca*, libro de Santiago Pérez Triana, sobre el arreglo de la deuda externa de Colombia y sobre las garantías dadas á los tenedores de bonos colombianos en las Lonjas europeas durante la administración del General Reyes. Aun cuando no hemos leído el libro con todo el detenimiento que el asunto merece, lo consideramos de positivo interés para nuestros pueblos y de profunda enseñanza moral para los gobiernos de la América Española, tan fácilmente inclinados á contraer compromisos onerosos y casi siempre funestos pa-

ra la integridad, la soberanía y el decoro de nuestras débiles nacionalidades, en provecho de un reducido número de especuladores, entre los que, generalmente, se cuenta los mismos que fraguan y llevan á término esas delictuosas negociaciones.

El libro en cuestión comenta y amplía la doctrina sustentada por su autor en la obra titulada *Desde Lejos*, primera que publicó él sobre estas materias. Y á la que contestó, tratando de refutar la tesis de Pérez Triana, el señor don Jorge Holguín, á la sazón Agente Fiscal de Colombia en Europa, en la que lleva por título *Desde Cerca*, conocidas ambas en Costa Rica.

No podemos pasar por alto la rarísima cualidad, original en Pérez Triana, de darle belleza, novedad y hasta sentimiento á un asunto de suyo tan árido como la cuestión financiera. Y es porque, al profundo conocimiento que tiene de la materia y á su gran talento, auna un estilo bellísimo, realizado por la luz de su imaginación tropical y por sus vivas afecciones patrias.

Recomendamos á nuestros lectores la atenta lectura de tan interesante libro que se halla ya á la venta en todas las librerías de esta capital.

---

## Chispazos

No me digas, dulce Emilia  
que triunfas por tu belleza,  
que he de decirte que no;  
triunfas porque usas LIDILIA  
y á veces el suave ALTEZA  
de la casa de *Rigaud*.

\* \* \*

LA EMULSIÓN SCOTT es bendecida  
de la infancia en los altares  
porque ella al dar fuerza y vida,  
da la paz á los hogares.

\* \* \*

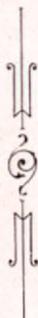
Calva pintan la ocasión  
y es tan sin pelo la indina,  
porque no gasta un colón  
en frotarse con RHUM QUINA.

## PLATERIA DE PARIS Entre la Sastrería de Scaglietti — y Felipe J. Alvarado & Co. —

Fabricación de alhajas sólidas y artísticas, á satisfacción del más refinado gusto  
Elegantes MONOGRAMAS en esmalte y toda clase de grabados

— Compra de oro de alhajas destruidas —

## Zapatería y Talabartería Jirón



SURTIDO PERMANENTE

de las mejores pieles para calzado y monturas

Numerosa existencia de **HORMAS**  
de las últimas modas

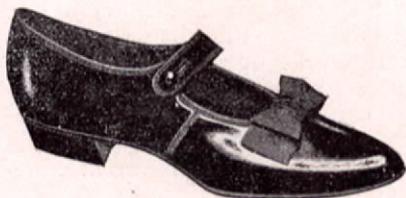
Calle de la Estación, 50 varas al Oeste  
del Parque de Morazán.

Fabricación á Mano



ESPECIALIDAD  
EN CALZADO COSIDO Y CLAVADO

— A LA MEDIDA —



## SEÑORITAS MENNIG. — 26, RUE DE PARME, 26 — BRUXELLES. — BELGIQUE.

Pensión para señoritas que deseen aprender francés, música, pintura, corte,  
confección de sombreros, etc.

Diploma oficial. Altas referencias. Precios moderados.

## Jardinería EL PORVENIR Flora surtida de las más bellas y variadas especies

CORONAS, CANASTAS ARTISTICAS Y BOUQUETS + Despacho á la orden + Servicio á domicilio  
Calle 4.<sup>a</sup> (50 varas al Norte de la casa de don Gordiano Fernández)

— Propietario: QUINTO BRAGIROLI —

IMPRESA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA